



En un oficio de acción de gracias, dignatarios de distintas religiones se reunieron en la Catedral de Santiago para conmemorar los 166 años de la Independencia Nacional. El grabado capta la solemnidad de la celebración en el templo, en los momentos en que pronuncia la homilía el Cardenal Arzobispo, Raúl Silva, en presencia de las más altas autoridades del país, encabezadas por el Presidente de la República, general Augusto Pinochet, y los restantes miembros de la Junta de Gobierno, y de ilustres visitantes extranjeros.

Solemne Tedéum por la Patria en la Catedral

- Participaron dignatarios de distintas confesiones
- Numeroso público en las calles aplaudió al Presidente Pinochet



El Presidente Pinochet, de pie en un auto descubierto, saluda al público en respuesta a las entusiastas manifestaciones de que fue objeto en el centro de Santiago, al concurrir al Tedéum Ecuménico.

"Los Caminos de la Paz", Homilía del Cardenal

La homilía pronunciada ayer por el Cardenal Raúl Silva Henríquez, llevaba el título de "Los caminos de la paz". Su texto es el siguiente:

"Como lo quiere su mejor tradición, Chile comienza su festejo patrio con una plegaria.

Hoy es el día en que Chile ruega y agradece a Dios por Chile. Nuestros Padres de la Patria nos enseñaron a rogar y agradecer. Ellos sabían que la Patria, su libertad, su unidad, su grandeza, son al mismo tiempo empeño humano y don de Dios. En el umbral de sus grandes decisiones, al comenzar cada batalla de guerra o de paz, oraban. Oraban como Cristo nos enseñó: pidiendo al Padre que se haga su voluntad. Y cuando la voluntad del Padre era concederles gracia, victoria, libertad, entonces también oraban. Ellos eran los mejores testigos de que con sus solas fuerzas humanas no habrían podido vencer y construir.

Por eso Chile cultiva esta tradición: comenzar su día orando y agradeciendo a Dios

por Chile.

Y no lo hace sólo por respeto. Mucho menos por rutina. Cada generación de chilenos ha ido haciendo la misma experiencia de su necesidad de Dios. Al principio era la urgencia de hacer tanto con tan pocos recursos y tan grandes obstáculos. Hoy también. Al principio eran la fe, la esperanza y el amor. Hoy también. Antes y ahora la patria no se construye sin la oración. Hoy, como al principio, Chile necesita a su Dios.

Este nuevo aniversario nos encuentra consagrados a una gran tarea: la de crear o reconstruir los caminos de la paz.

Los chilenos queremos vivir en paz, con nosotros mismos y con nuestros hermanos del resto del mundo. Cualquiera otro objetivo quedaría por debajo de nuestra vocación.

Pero también esa paz es, como la Patria, obra humana y don divino. Una obra tan ardua, tan difícil de realizar; y un don tan

En un marco imponente, y con la presencia de dignatarios de distintas confesiones religiosas, se realizó ayer en la Catedral de Santiago el Tedéum Ecuménico para celebrar los 166 años de la Independencia Nacional, mientras que en los templos de todo el país tenían lugar a la misma hora oficios de acción de gracias semejantes.

La solemne misa en el templo metropolitano fue oficiada por el Cardenal Arzobispo de Santiago, con la asistencia de las más altas autoridades del país, encabezadas por el Presidente de la República, general Augusto Pinochet, y los restantes miembros de la Junta de Gobierno, el Presidente de la Corte Suprema; el Contralor General, las delegaciones extranjeras que llegaron a esta capital para participar en las Festividades Patrias, y los diplomáticos acreditados en la capital.

Un público numeroso se situó en la Plaza de Armas, frente a la Catedral, y en las calles Morandé, Agustinas y Ahumada, trayecto seguido por los miembros de la Junta de Gobierno y los Ministros de Estado para concurrir al Tedéum.

Miles de personas saludaron el paso de los gobernantes agitando banderitas chilenas, en un ambiente colorido y entusiasta.

El Presidente Pinochet llegó a la Catedral a las 11.10 horas. Minutos antes

lo habían hecho el Comandante en Jefe de la Armada, almirante José Toribio Merino; el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, general Gustavo Leigh, y el General Director de Carabineros, general César Mendoza.

En el trayecto de ida y vuelta al templo metropolitano el Presidente Pinochet viajó en un coche descubierto, siendo constantemente aplaudido por el público apretujado en las calles.

EL TEDEUM

Al comenzar la misa, el Cardenal Raúl Silva señaló que "nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral, que es como el templo de la patria, símbolo de unidad" y, luego comentaron brevemente textos bíblicos, el Obispo ortodoxo, Simón Salzman; el Pastor Augusto Fernández, Secretario de la Unión de Iglesias Evangélicas de América; y José Elías, Administrador Apostólico de la Iglesia Ortodoxa en Chile. En seguida, el Cardenal leyó la homilía, cuyo texto se entrega en información separada.

Posteriormente, pronunciaron breves peticiones por la Iglesia, los gobernantes, por el país, y por los necesitados; pastores y obispos de distintas confesiones: Esteban Shabert de la Iglesia Luterana; Víctor Labbé, de la Unión de Misiones Pentecostales Libres; Samuel Valech, de la Iglesia Metodista; Santiago Tapia, de la Fraternidad Ecuménica, y Antonio Reyes de la Iglesia Ortodoxa Rusa. La señorita Carolina Márquez, secretaria de la Fraternidad Ecuménica, lo hizo por las mujeres. Finalmente, pronunció una oración el Obispo Colin Bedford de la Iglesia Anglicana.

Se hizo presente que el Gran Rabino de Chile no pudo concurrir debido a que la fecha coincidió con la festividad religiosa del Sabbat.

Los cánticos religiosos, propios de la ceremonia, fueron interpretados por la Orquesta de Profesores del Ministerio de Educación, y el Coro Santa Marta, dirigidos por Vicente Bianchi.

Al terminar el Tedéum, el Cardenal y los obispos y pastores de otros credos, dieron en conjunto su bendición a los presentes. El Cardenal saludó al Presidente Pinochet y a los restantes miembros de la Junta, quienes abandonaron el templo a las 12.25.

Los gobernantes se diri-

Solemne Tedéum

(De la primera página)

gieron a la sede de la Cancillería, en el Palacio de la Moneda. El público que había esperado frente a la Plaza de Armas y en las calles vecinas renovó las manifestaciones de adhesión a los gobernantes.

EN VALPARAISO

VALPARAISO.— "Padre de bondad, creador de todo bien y conductor providente de los pueblos, tú nos has dado esta "copia feliz del Edén", que es nuestro Chile, para que unidos en tu verdad y en tu amor, te busquemos a ti por sobre todas las cosas. Atiende hoy la oración de tu pueblo que se dirige a ti en este nuevo aniversario para agradecerte los dones recibidos a lo largo de su historia y para pedirte que fortalezcas a todos tus hijos. Que todos los chilenos sepamos colaborar desinteresadamente en la búsqueda del bien común".

Este saludo y oración de apertura fue pronunciado por el Arzobispo obispo de Valparaíso, monseñor Emiglio Tagle Covarrubias durante el Tedéum ofrecido ayer en la iglesia de

los RR. PP. Jesuitas con motivo de celebrarse el 166 aniversario de la Independencia nacional.

Monseñor Tagle, como es tradicional en esta ceremonia religiosa, recibió a las autoridades regionales, comunales, militares, cuerpo consular y delegaciones de Fuerzas Armadas y Carabineros, en el atrio del templo tras el cual se inició el Tedéum con el canto inicial interpretado por el coro y la orquesta de Cámara de la Universidad de Chile, sede Valparaíso.

Después de que el Arzobispo obispo leyera la homilía, el coro y orquesta de Cámara de la Universidad de Chile entonó el himno de alabanza, tras lo cual monseñor Emiglio Tagle procedió a rezar la oración final y a entregar la bendición a los presentes.

Antes de retirarse las autoridades, el coro de la "U" entonó el himno nacional, con lo cual culminó el acto de acción de gracias ofrecido por el obispado de Valparaíso a las Fuerzas Armadas y autoridades en este nuevo aniversario de vida independiente.

"Los Caminos de la Paz",

(De la primera página)

querido a los ojos del Señor que él declaró dichosos a los que trabajan por la paz, y les prometió ser llamados hijos de Dios.

Por eso la Iglesia ora tan intensamente por la paz. Por eso todo su potencial de amor se moviliza al servicio de la paz. Se podría decir que la paz resume la misión de la Iglesia. La paz no depende sólo de la Iglesia, pero la Iglesia sabe que existe, que es posible, y conoce el camino que lleva hacia ella. Una de sus oraciones lo expresa admirablemente:

"Señor, que llamaste hijos tuyos a los que trabajan por establecer la paz; concédenos tu luz y tu gracia, para que podamos construir perpetuamente la paz, basada en la justicia, en el amor y en la libertad. Por Jesucristo nuestro Señor". (Misal Romano, oración de la Misa Votiva "Por la Paz y la Justicia").

Millares de sacerdotes rezan esta oración. Millones de fieles la ratifican con su amén. Es la voz de la Iglesia, de una Iglesia que habla de paz, de sus caminos, sus condiciones, sus obstáculos. Ni en su tono ni en su ánimo hay un dejo de censura. La Iglesia no se arroga competencias ni autoridad que no le hayan sido dadas por Cristo. Si habla de paz, es porque su evangelio es de paz y porque Ella misma es experta en humanidad. Cuando habla de paz, no se apo-

ya sino en la fuerza de la verdad misma que propone. No juzga ni califica: invita. Es la voz de la madre que ama a sus hijos. No le importan sus propios quebrantos, no teme ser incomprendida, no cautela su propia seguridad, con tal que sus hijos conozcan la paz.

Hoy, en el Día de la Patria, además de reflexionar y hablar, quisiéramos sobre todo orar. Ir repitiendo esta oración de Iglesia que constituye el más preciso y sólido programa de paz.

"Señor, para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos obrar la justicia".

¡Obrar la justicia! Tener el ánimo, cultivar el hábito, la costumbre de darle a cada uno lo que es suyo.

Y en primer lugar a Dios. Si es de justicia que, como lo hacemos hoy, reconozcamos públicamente que en El somos, nos movemos y existimos; que de El procede todo don perfecto; y que a El le debemos el homenaje de una fe obediente a su palabra.

Esta es su palabra, éste es su mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo". No podemos ser justos sin el hábito de cumplir fielmente este mandamiento de amor.

puede edificar una civilización!

Diremos más: sólo el amor puede edificar una civilización digna de ese nombre. ¿Cómo respetar al hombre, si no se le ama? ¿Cómo ir en defensa del oprimido, si no se ama a los que Dios ama con predilección? ¿Cómo construir un ordenamiento jurídico eficaz, sin amar al hombre por quien y para quien son todas las leyes? ¿Cómo edificar la fraternidad —base insustituible del patriotismo— sin amar como Dios Padre nos ama: a buenos y malos, amigos y enemigos, sin compartir lo nuestro como El lo comparte; sin perdonarnos como El nos perdona? Organizando la tierra sin Dios, se termina siempre organizándola contra el hombre. Y Dios es amor.

Necesitamos crear en el amor. "El amor —decíamos aquí, hace justamente un año—, no es utopía, no es ingenuidad, no es inferioridad". El consigue lo que la fuerza no es capaz de conseguir. No está reñido con la vigilancia ni con un justo rigor, al contrario: éstos son la condición para que subsista.

"Señor: concédenos crear que el amor es más fuerte que el odio. Que el amor use como no puede hacerlo el temor. Que el amor crea, mientras el odio destruye y el amor paraliza. Ahoga, Señor, en nuestros labios la palabra que ofende y distancia. Abre nuestras manos para compartir pan y trabajo, los bienes de una tierra que Tú nos diste a todos. Haz que dejemos de juzgarnos unos a otros sin misericordia y sin olvido. Haz que creamos los unos en los otros. Haz que amemos; porque sólo el que ama puede obrar la justicia!"

Algo falta todavía, sin embargo, para el pleno advenimiento de la paz. "Señor para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos a la libertad".

La paz —según San Agustín— es la tranquilidad en el orden. Y no puede haber orden ni tranquilidad sin libertad.

Los miembros de un cuerpo social gozan de tranquilidad cuando saben que sus derechos fundamentales están jurídicamente protegidos contra toda arbitrariedad. Ese es precisamente el sentido y objetivo del orden: asegurar las condiciones que hacen expedito el ejercicio de la libertad. Un orden que se obtuviera a costa de la libertad sería un contrasentido. Y el pueblo objeto de ese orden ya no sería pueblo, sino masa.

Ciceró concebía el pueblo como la multitud asociada por un consenso de derecho y para utilidad común (De República, I, I, c. 25). A la definición de pueblo pertenece la libertad de sentir o disentir en lo tocante a los asuntos comunes, y la norma jurídica que regula y protege esa libertad.

"El pueblo —enseña la Iglesia— vive y se mueve por su vida propia; la masa es de por sí inerte y sólo puede ser movida desde afuera. El pueblo vive de la plenitud de la vida de los hombres que lo componen, cada uno de ellos una persona, conciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones. La masa es fá-

cil juguete en manos de cualquiera que explote sus instintos o sus impresiones. De la exuberancia de vida propia de un verdadero pueblo se difunde la vida, abundante, ríes, por el Estado y todos sus organismos; infundiendoles, con un vigor renovado sin cesar, la conciencia de su propia responsabilidad, el sentido verdadero del bien común". (Pío XII, Radiomen. saje Navideño 1944).

La amenaza de masificación, latente en todo el mundo contemporáneo, nos plantea un imperativo: educarnos a la libertad. Habituarnos a actuar por propia iniciativa, previa deliberación y asumiendo las responsabilidades de nuestras decisiones. Estimularnos unos a otros a participar y a decidir, mediante un consenso jurídicamente regulado, los asuntos que conciernen al bien común. "Cuando se pide "más democracia y mejor democracia" —señala el Papa Pío XII— esta exigencia no puede tener otro significado que el de colocar al ciudadano en condición cada vez mejor de tener su propia opinión personal y de expresarla y hacerla valer de una manera conforme al bien común... Hay dos derechos del ciudadano que en esta democracia encuentran su expresión natural: manifestar su propio parecer sobre los deberes y los sacrificios que le son impuestos; no estar obligado a obedecer sin haber sido escuchado". (Pío XII, Radiomen. saje navideño citado).

Nuestra patria reconoce, en estos postulados, una tradición de la que legítimamente se siente orgullosa.

"En el alma de Chile —decíamos hace dos años, en esta misma Iglesia— se da, como componente esencial, el aprecio y costumbre de la libertad, individual y nacional, como el bien supremo superior, incluso, al de la vida misma".

Libertad que nunca los chilenos identificamos con anarquía ni arbitrariedad. Libertad regulada y protegida por un ordenamiento jurídico objetivo y una autoridad impersonal, sometida ella misma a la ley y al permanente juicio de su pueblo.

Fue esa la gran intuición y el gran legado de nuestros padres de la patria. "A pesar de haberse entregado el Gobierno Supremo sin exigir de mi parte otra cosa que obrar según me dictase la prudencia —escribió don Bernardo O'Higgins, al fundar el nombramiento de una comisión constituyente— no quiero exponer por más tiempo el desempeño de tan arduos negocios al alcance de mi juicio... Ahora que, por el valor y virtud de nuestros soldados, hemos conseguido vencer y destruir a los tiranos, sólo me ocupo en preparar aquellas medidas que aseguren la libertad de los chilenos, sin introducir la licencia en que escolloran otros estados nacientes". (Decreto del 18.5.1818; Archivo de don Bdo. O'Higgins, tomo 9, página 33-34).

Dicho proyecto constitucional le parecía ser "el negocio que más interesa a la nación; y para ello es necesario saber distintamente la voluntad de cada uno de los habitantes". (Decreto del 10.8.1818; sesiones de los Cuerpos Legislativos, Tomo 2, páginas 7-9).

"Debe cuidarse —expresaba don Bernardo, al inaugurar las Sesiones de la Convención Preparatoria— que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo vacilan la autoridad, la seguridad, y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y anulan" (Ses. de los C. Legislativos, T. 6, pag. 28).

En ese admirable espíritu, de realismo y respeto a los derechos intangibles de la persona, se forjó nuestra nacionalidad. Muchos de nuestros estadistas, constructores de la Patria, merecen el elogio que en su tiempo hiciera O'Higgins don Mariano Egaña, al jurarse la Constitución: "V. Excelencia sosteniendo los derechos de la nación en los campos de batalla triunfaba, es verdad, y llevaba tras sí nuestra admiración y gratitud; mas, este era un triunfo de que podían usurpar, parte la fortuna, y parte la ilusión de la gloria. Pero —continuaba don Mariano Egaña— hacerse esclavo de la ley, estando en la plenitud de la autoridad; quedar vencedor en esta lucha de generosidad, donde el pueblo, confiado en las virtudes del que destina para gobernarlo, pone en sus manos un mando sin límites, y el jefe sólo quiere obedecer a la voluntad pública y hacer crecer la autoridad de su cargo por la de su mérito: éste es el triunfo todo de V. Excelencia". (Discurso en la Jura de la Constitución, 23.10.1818; Gaceta Ministerial, 24.10.1818).

No es necesario, por eso, inventar un camino: nuestra más pura tradición democrática y republicana es el camino. A nosotros nos toca reconstituir y readecuarla a situaciones siempre cambiantes. Educándonos al ejercicio de nuestra libertad asentamos el cimiento profundo de la solidaridad y seguridad nacionales.

Tal vez ahora comprendemos mejor el sentido de los textos bíblicos leídos en esta

celebración. El Maestro ha prometido felicidad, alegría perfecta a los que trabajan por la paz. El apóstol nos exhorta a vencer el mal con el bien.

Ya antes que ellos, el más insignie orador de la antigua Roma —Cicerón— supo comprender que la tarea de la paz es digna y propia de un hijo de Dios. "Vencerse a sí mismo —decía— reñir la ira, perdonar al vencido, levantar al adversario caído: el que estas cosas haga, no lo comparo ya a los grandes hombres: lo considero muy semejante a Dios" (Pro. Marcellus, 3).

Es la tarea predilecta de la Iglesia: la paz. Y es que la paz y la vida caminan juntas. La vida es el otro nombre de la paz; como la guerra es el otro nombre de la muerte. (Mensaje de Paulo Sexto para la Jornada Mundial de la Paz, 1977).

Por eso la Iglesia ama tanto la paz: porque ama la vida. Porque es presencia de Cristo que vino para que los hombres tengan vida, y abundante vida.

Por eso la Iglesia defiende la vida. Por eso la Iglesia condena la guerra, condena el aborto, condena el hambre: son enemigos de la vida; y

la vida tiene los mismos enemigos que la paz.

Por eso, la Iglesia no cesa de hablar, de clamar por el derecho de todos a la vida. Por eso la Iglesia habla y clama, siempre, en todas partes, llamando a la justicia, al amor, a la libertad. Son los caminos de la paz. Y la Iglesia hace obra de paz; porque es la casa de los hijos de Dios. Si hay defecto en algunos de sus miembros —lo que es inherente a su condición humana— ello no anula la humanidad y belleza de esta misión verdaderamente divina.

Decidámonos, todos, de nuevo por esta misión: este es un momento y un lugar privilegiado para orar. Concluamos repitiendo esa oración de Iglesia que no hemos hecho más que gloriar:

"Señor: que llamaste hijos tuyos a los que trabajan por establecer la paz; concédenos tu luz y tu gracia, para que podamos construir perpetuamente la paz, basada en la justicia, en el amor y en la libertad. Por Jesucristo nuestro Señor".

Así sea".



Los huasos participaron activamente en la celebración del 18 de septiembre, vistiendo sus mejores galas, como se observa en la fotografía, captada en la comuna de Ñuñoa

Dirección de Reclutamiento y Movilización de FF. AA.: Ganadores del Concurso Para Ex - Conscriptos

La Dirección General de Reclutamiento y Movilización de las Fuerzas Armadas dio a conocer la nómina de ganadores del reciente concurso plástico para reservistas llamado "Recuerdos de mi Servicio Militar".

De acuerdo a las bases del mismo concurso, las obras que se hicieron acreedoras de premios generales, regionales, especiales y por rama de las FF. AA., serán propiedad de la referida Dirección General. El resto de los trabajos puede retirarse hasta el 30 de octubre. Vencido el plazo la señalada repartición dispondrá de ellos como lo estime conveniente.

La nómina de los ganadores del certamen artístico es la siguiente:

- Primer premio: Gutiérrez García Nelson, Santiago.
- Segundo premio: Gutiérrez Macías Braulio, Lautaro.
- Tercer premio: Jerez Flores Mario, Melipilla.
- Primer premio Ejército: Pereira Rojas Juan, La Serena.
- Segundo premio Ejército: desierto.
- Primer premio Armada: Dazarola Salinas Juan, Valparaíso.
- Segundo premio Armada: Cartes Palacios Mario, P. Arenas.
- Primer premio F. Aérea: Santibáñez Valdés Francisco, Sigo.
- Segundo premio F. Aérea: Domínguez Canelo Luis, Santiago.

PREMIOS REGIONALES:
Primera Región: Jiménez E. Luis R., Arica.
Octava Región: Encina Macaya Hugo, Concepción.
Novena Región: Parada Henríquez Aldo, Traiguén.
Décima Región: Maldonado Barria Manuel, Puerto Montt.
Undécima Región: López Véliz Cienaido, Coyhaique.

- PREMIOS ESPECIALES:**
- 1.º Premio: Paredes Torres Juan A., Talca.
- 2.º Premio: Heavey Samsing Michael, Viña del Mar.
- 3.º Premio: Meller Toledo Guillermo, Santiago.
- 4.º Premio: Filipek Cikoya Yan, Viña del Mar.
- 5.º Premio: Fernández N. Ricardo, Viña del Mar.
- 6.º Premio: Carrasco Yáñez Ramiro S., Santiago.
- 7.º Premio: Paganí Fuentes Jorge, Santiago.
- 8.º Premio: Sepúlveda Díaz Jorge, Valparaíso.
- 9.º Premio: Villegas Quintana Robelindo E., Viña del Mar.
- 10.º Premio: Arias M. L. Rubén, Santiago.
- 11.º Premio: Zavala Grimaldo Carlos, Valparaíso.
- 12.º Premio: Maluenda Paz Luis M., Santiago.
- 13.º Premio: Vargas Jofré Manuel J., Santiago.
- 14.º Premio: Betancourt Vergara David, Valdivia.
- 15.º Premio: Uyeovich V. Bogolov, Santiago.
- 16.º Premio: Anderson Hildalgo John, Antofagasta.
- 17.º Premio: Barros Sotomayor Francisco, Santiago.
- 18.º Premio: Pivonka Jugmann Luis, Osorno.
- 19.º Premio: Cosella Medina Julio, Santiago.
- 20.º Premio: Aburquenque Nuñez Abdón, Santiago.
- 21.º Premio: Jerez Rebolledo Eduardo, Santiago.
- 22.º Premio: Aravena Pizarro Aldo, Vallemar.
- 23.º Premio: Alarcón Ortega Luis P., Talagante.
- 24.º Premio: Pérez Lira Luis, Quilicura.
- 25.º Premio: Tapia Méndez Manuel S., Santiago.
- 26.º Premio: Prado Pinto, Luis, Santiago.
- 27.º Premio: Cortés Ponce Pablo, Santiago.
- 28.º Premio: Aguilera Gamarra Antolín, Iquique.
- 29.º Premio: Verdugo Naranjo Carlos Hernán, Santiago.

Jorge Luis Borges

(De la página 19)

con algunas interpretaciones. Durante una hora y media el distinguido pensador trasandino estuvo en la sede universitaria porteña en un diálogo con autoridades y representantes de la intelectualidad regional.

Pasadas las 11.30 horas, llegó Jorge Luis Borges acompañado de autoridades de la universidad y el director de "El Mercurio" el ilustre poeta, cuentista y crítico tomó ubicación en el escenario junto al vicerrector de la Universidad de Chile, general (R) Ramón Salinas. El director de esta casa periodística, Andrés Aburto Solomayor, los decanos Francisco Le Dantec, Italo Paolinelli, Aníbal Scarella, Olga Arellano, Hugo Moletto e invitados especiales.

En nombre de la Universidad, el profesor Francisco Le Dantec le dió la bienvenida, señalando: "El honor que para esta casa de estudios superiores significa la presencia de tan ilustre visita" y presentó al vicerrector de la Universidad, quien manifestó la enorme alegría con que Borger era recibido. A continuación le declaró señor profesor visitante, título que le fue conferido en ese instante mediante la entrega de un diploma.

AMENA INTERVENCIÓN
Posteriormente, el escritor y pensador argentino fue invitado a participar en un tema de conversación y para ello fue leído uno de sus

cuentos predilectos, "La intrusa", solicitándose luego el análisis del argumento y de los personajes.

La explicación de situaciones, de costumbres, incertidumbres y versiones del cuento dio margen para escuchar al escritor y cuentista mostrando la gama y variedad de ideas que le han abierto un camino en la literatura contemporánea que, según sus seguidores, debe culminar con la obtención del Premio Nobel. Su charla amena está siempre salpicada con frases alegres que demuestran el alto espíritu que posee y una fuerza interior que desplaza totalmente "la soledad que me acompaña y que es esta ceguera de tantos años..."

Cada intervención está llena de detalles, literarios algunos, anecdóticos otros. Complementando el análisis de su obra indicó a los escritores actuales: "Runca escriban en presente. Remitan a decir cosas del pasado. Yo escribo situaciones que ocurrieron allá por mil ochocientos noventa y tantos... así impulso al lector para que se transforme en inspector".

Posteriormente, Borges dio respuesta a preguntas formuladas sobre su cuento leído anteriormente, y, ante la petición de una asistente, recitó algunos sonetos de los muchos que forman su extensa producción poética.

Estibadores Reanudan Pago De sus Deudas

Un primer abono de 5.200 dólares concretó el Sindicato Profesional de Estibadores Marítimos de Valparaíso, dando comienzo a así al cumplimiento de la deuda por 17.500 dólares que dicha organización tiene con organismos internacionales.

Una versión oficial del Ministerio del Trabajo, dijo que la reiniciación del servicio de la deuda —contratada durante el régimen pasado— fue hecha por intermedio del presidente del sindicato, Martín Bustos Gallardo a través del Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre, quien está a cargo de hacer llegar a sus beneficiarios las cuotas que se irán pagando en el futuro.

Nuestro celo por los derechos de Dios reclama de esta manera, un análogo celo por los derechos del hombre. Dios quiere que sus hijos sean respetados y amados. En el agravio hecho a un hombre Dios se considera. El mismo, agraviado. Y el hombre violentado por la injusticia siente germinar en él el resentimiento y la contravolencia. En la injusticia, la paz ha encontrado su primer gran obstáculo.

"Señor, luz de los que ven en tinieblas: guía nuestros pasos por el camino de la paz. Concédenos que, libres de temor te sirvamos con santidad y justicia en tu presencia, todos nuestros días".

"Enseñanos a hacer con los demás lo que queremos que ellos hagan con nosotros: respetar, comprender, perdonar; cumplir nuestra palabra; tener misericordia; hacernos solidarios del dolor y necesidad de los otros; velar por su buen nombre, defender su honra, sus bienes, su libertad; acoger sus aportes, estimular su responsabilidad, confiar en ellos".

¿Cómo podríamos exigir lo que no estamos dispuestos a dar?

"Cada uno, sin excepción de nadie —nos inculca el Concilio— debe considerar al prójimo como otro yo". (Gaudium et Spes, 27). Y todo hombre es mi prójimo, cualquiera sea su ideología, su conducta o la simpatía que nos inspira. La justicia evangélica no discrimina, no excluye a nadie. Sólo tiene una predilección, un servicio preferente, un respeto privilegiado por los pobres —sin preguntar la causa o la culpa de su pobreza" (Cfr. Paulo Sexto, Octogésima Adveniens, 23; Obispos de Chile, "Evangelio, Política y Socialismos", 14).

Si a todos los ciudadanos nos toca obrar la justicia para construir la paz, ello compete de modo especial al gobernante. "La ejecución de la justicia, en cuanto orientada al bien común —escribe Santo Tomás— es el oficio propio del príncipe" (Summa Theologiae, 2-2, q. 50, art. 1, ad. 1).

Justicia y bien común: noble y pesada tarea que incumbe al gobernante. Lo comprendemos bien quienes, en la Iglesia, desempeñamos el servicio episcopal. Mirar siempre y sólo al bien común; mancomunar tantas aspiraciones divergentes, conciliar tantos intereses contrapuestos, hacer fructificar para bien tantas tensiones, afrontar tantas incomprendiciones, privilegiar sólo al más débil: ser autoridad importa consagrarse al servicio de la justicia y del bien común. La vida del que gobierna está marcada por una sola pasión: los derechos de la persona y de la sociedad.

Cada ley, cada decreto, cada decisión suya responderá a un sólo interrogante: "¿Cómo servir mejor a mi pueblo?".

Porque el bien común de su pueblo es la razón de ser del gobernante, como enseña la Iglesia por boca del Papa Juan XXIII (Pacem in Terris, 54). "Tutelar el campo intangible de los derechos de la persona humana, y hacerle llevar el cumplimiento de sus deberes debe ser, afirma la Iglesia, oficio esencial de todo poder público" (Pacem in Terris, 60; Pío XII, Mensaje de Pentecostés, 1-6.1941).

Allí radica la dignidad del que manda y del que obedece. El ciudadano que se somete a las autoridades públicas rinde, "en realidad, un acto de culto a Dios". Lejos de humillarse, "se eleva y ennoblece, ya que servía a Dios es reinar".

"La autoridad, sin embargo —recuerda el Papa Juan— no puede considerarse exenta de sometimiento a otra superior. Más aún, la autoridad consiste en la facultad de mandar según la recta razón. Su fuerza obligatoria procede del orden moral, que tiene a Dios como primer principio y último fin. La dignidad de la autoridad política es la dignidad de su participación en la autoridad de Dios" (Pacem in Terris, 47; Pío XII, radiomen. saje navideño 1944). Sus leyes tienen, por eso, valor de obligar en conciencia cuando, procediendo de la ley eterna, emanan de la recta razón; respetan el orden moral y sirven al bien común. Si una ley se apartase de la recta razón sería injusta; y entonces —como enseña Santo Tomás— más que ley, sería violencia (1.2 q. 93, art. 3 ad 2; ver Pacem in Terris 46, 50, 51).

Todo gobernante permanece así en constante referencia a Dios y a su pueblo. "No hay autoridad que no venga de Dios" (Romanos 13, 1.6). Y no se da autoridad sino para el bien y salud del pueblo, que es la suprema ley. (León XIII, Rerum Novarum, 26).

Sin olvidar que en la protección de los derechos individuales, el poder civil "habrá de mirar principalmente por los débiles y los pobres" (León XIII, Rerum Novarum, 27).

Tal es la nobleza de la tarea, del arte de gobernar, según lo ha enseñado constantemente la Iglesia. Se inspira en el ejemplo del Maestro, que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida por la salvación de todos.

Por eso oramos por nuestros gobernantes: hoy y siempre. Es un deber de nuestra fe. Imploremos para ellos la gracia de lo alto, los dones de sabiduría y prudencia, de consejo y fortaleza. Y permanecemos dispuestos a ofrecerles nuestra colaboración, leal, generosa y sincera, para obrar la justicia.

Pero no basta la justicia para construir la paz. "Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos crear en el amor".

Siempre nos amenaza la tentación de creer, más bien, en el odio. El sabe mostrarse seductor. Promete extirpar, rápida y radicalmente, todos los obstáculos al triunfo de la verdad —nuestra verdad. Comparece como vengador celoso de una justicia violada —nuestra justicia. Y declara licitos todos los medios, con tal que sirvan a ese fin. El odio se hace así inseparable de la violencia, y ésta le presta su forma atractiva y seductora: como si fuera el único o el mejor camino.

"La violencia —decíamos con angustia hace cuatro años— no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. Los pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha sustituyendo una violencia por otra" (Alocución del 2.9.1972).

"El odio —hemos dicho en este mismo lugar, en 1971— envenena y puede matar el alma de una sociedad. Tenemos que matar el odio, antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile... Hermanos: todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio. En nombre del Señor, por amor a todos los inocentes, a todos los débiles, a las madres y niños de nuestra tierra; por amor a la patria toda, destruyamos definitivamente el odio, y edifiquemos la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile". (Homilía en los funerales de don Edmundo Pérez Zujovic, 9.6.1971).

Palabras, urgencias formuladas en circunstancias políticas tan diversas. Las repetimos hoy, con la misma perseverante doctrina.

El magisterio de la Iglesia no previene con sabiduría y bondad, que después de los grandes conflictos sociales suelen plantearse alternativas contrapuestas: de un lado, voces que llaman a la prudencia y a la moderación; de otro lado, voces de mal disimulada violencia o de abiertamente de venganza, como si no hubiera otra disyuntiva que plena victoria o destrucción completa. Tajante dilema que ahoga toda otra reflexión y obliga a una lucha extenuadora y desangrante, cuyas consecuencias económicas, sociales y espirituales amenazan convertirse en el castigo del tiempo futuro. Así hablaba la Iglesia, por boca de Pío XII, al término de una conflagración mundial (Discurso a representantes del Congreso de los Estados Unidos, 27-8-1945). "Por esto —señalaba el Papa— es de suma importancia sustituir aquel temor por la fundada esperanza de honorosas soluciones; soluciones no pasajeras ni expuestas a los gérmenes venenosos de nuevas turbaciones y nuevos peligros para la paz, sino verdaderas y durables".

Su Santidad Pablo Sexto nos recuerda cuál es esa solución, cuando una y otra vez nos llama a construir, como fruto del Año Santo, la "civilización del amor". ¡El amor